

Juan Crisóstomo

SOBRE JOB

I

Cuanto es menor de lo acostumbrado la concurrencia, tanto será mayor mi diligencia y empeño. Porque no sería justo que la pereza de los que no han venido echara a perder nuestros esfuerzos y trabajo; antes, por eso mismo, voy a poneros una mesa mejor abastecida, para que viendo este escarmiento los que han faltado, sean en adelante más diligentes en acudir a estas reuniones. Por esto también os exhorto a vosotros, carísimos hermanos, a atender a lo que diga, puesto que así será doble la ganancia; una vez que, comunicando a los que no han venido lo que se diga, los haréis más diligentes e instruiréis más vuestra alma en la verdadera ciencia. Porque así como la tierra descuidada produce malas hierbas, pero, si constantemente es trabajada por la mano del labrador, produce sazonados frutos, así también el alma del hombre, si yace en su pereza, engendra espinas de pecados; si es diligente, produce el espigado fruto de la virtud. Por eso el sabio nos amonesta diciendo (Prov , 24, 30-31): *Como un campo es el hombre sin prudencia, y como una viña el hombre falto de entendimiento; si le abandonares, se llenará de ortigas y maleza.*

Pues bien; para que esto no suceda ahora, manejamos constantemente la hoz de la predicación, y si algo malo germina, constantemente lo cortamos; si algo florece con esperanza de fruto, con diligencia continua lo fomentamos y regamos, y cuidamos que llegue a sazón. Porque doble es, o mejor dicho, triple el cuidado que necesitamos: primero, para librarnos del mal; segundo, para alcanzar la virtud; tercero, para una vez alcanzada, conservarla, para lo cual es preciso muchísimo trabajo; puesto que aquel maligno espíritu a quien da tanta rabia nuestro bien, a los buenos es a quienes acomete con más fuerza; y así como los piratas y corsarios, si ven una nave cargada de arena, la dejan pasar; pero si la ven llena de precioso cargamento y henchida de riqueza, entonces lánzanse sobre ella, barréanla por debajo, acométenla por arriba, y no hay ardid ni máquina de que no se

valgan; así también el demonio tiene costumbre de acometer, y enviar, y poner asechanzas, principalmente a los que conducen gran cargamento de virtud.

II

Tantos hombres como había en la tierra en tiempo de Job, y, sin embargo, contra sólo él ser armó el demonio y movió todas sus batallas; mas no por eso pudo hacerle naufragar, antes le proporcionó mayor carga y riqueza de merecimientos. Porque condición es de la virtud, que acometida se robustezca, y acechada se afiance y asegure. Así sucedió con el santo Job, que atacado de todas partes, se afianzó más y más; y expuesto a los golpes de mil dardos, no se rendía; antes dejó vacía la aljaba del demonio y no socumbió, ni cedió a su astucia, sino que, como excelente piloto, ni al enfurecerse el mar y revolverse las ondas se sumergía, ni se rindió a la desidia con la calma y serenidad; antes, en entrambas alternativas de fortuna, conservaba la misma maestría; así fue, que ni el viento de la riqueza le hinchó, ni le abatió la pobreza, ni cuando iban sus negocios con próspera corriente era soberbio y flojo, ni cuando casi toda su casa se revolvía de arriba abajo y le sobrevino la completa ruina, se turbó en lo más mínimo, sino que dio gallardas muestras de su ánimo varonil. Oiganlo bien los ricos, oiganlo los pobres, que para entrambas clases es útil la doctrina, o mejor dicho, para todos los hombres es provechosa esta historia, para los que se ven en prosperidad, y para los que viven en la adversidad.

III

Porque manejando ambas clases de armas este atleta de la virtud, este vencedor laureado, con ambas triunfó y erigió el trofeo; y acometiéndole el demonio con toda clase de combates, en todos le hizo frente, y en todos fue proclamado vencedor; y como generoso soldado, que sabe luchar de noche o de día, en los muros o en las naves, a pie o a caballo, con lanzas o con hondas y proyectiles, y salir de todo género de combate superior a sus enemigos, y triunfar por completo; así el valeroso Job sufrió con mucha magnanimidad toda clase de tentaciones, la pobreza, el hambre, la enfermedad, la tristeza, la pérdida de sus hijos, y el sufrimiento de parte de sus amigos de su mujer, de sus siervos, de toda su casa. Porque no había miseria humana que

no se agotara en su cuerpo. Pero, con todo, logró volar sobre las redes y subir más alto que las varetas y trampas armadas por el demonio. Y lo más admirable es que le sobrevinieron todas las tentaciones, y todas con exceso, y todas de golpe.

IV

En efecto, no consideres tan sólo qué males padeció, sino añade, que no los padeció ni poco a poco, ni con interrupción, sino todos de golpe y al mismo tiempo. Y a fe que no fue pequeño el aumento de sus tentaciones, porque sería imposible hallar ningún otro hombre, que todos los males los hubiera sufrido de una vez, sino que si alguien hubo de luchar con el hambre, disfrutó de buena salud; y si sitió el aguijón de la pobreza y enfermedad, tuvo muchas veces una esposa que le animara a sufrir el infortunio, y se le convirtiera en puerto de refugio; y si no tuvo tal esposa, tampoco tal que le diera semejantes consejos de perdición; y si tal que le diera semejantes consejos de perdición, a lo menos no perdió a todos sus hijos de golpe; y si los perdió de golpe, pero no con tal modo de muerte; y si con tal modo de muerte, a lo menos tuvo amigos que le consolaran; y si no tales que le consolaran, tampoco tales, que así le insultaran; y si tales amigos que le insultaran, a lo menos no siervos que le escarnecieran; y si siervos que le escarnecieran, pero no tales que le escupieran en su mismo rostro; y si quienes le escupieran al rostro, pero a lo menos no se vio aguijoneado por tal género de enfermedades; y si se vio aguijoneado por la enfermedad, pero tuvo a lo menos una casita o choza, y no estuvo sentado sobre el estiércol, y si estuvo sentado sobre el estiércol, tuvo a lo menos quien le tendiera la mano; y si no tuvo quien le tendiera la mano, tampoco quien se lanzara sobre él. Mas Job sufrió todos estos males, y, lo que es más admirable, como antes he dicho, todos de una vez; con lo cual parecen doblarse y triplicarse las desgracias, cuando ni siquiera el consuelo de las treguas tiene el combatiente, sino que con lo no interrumpido del ataque se aumenta la turbación y crece el aturdimiento, como a él le aconteció.

Puesto que a la pérdida de las ovejas y al incendio siguióse el robo de los bueyes y a éste el hurto de los asnos, y a éste el apresamiento de los camellos y el degüello de los criados, y a éste la pérdida de los hijos y aquella muerte horrible y extraordinaria, y aquella sepultura todavía más horrible (pues uno mismo fue el sito de la muerte

y la sepultura), y la mesa, poco antes llena de manjares, lo estaba ahora de cuerpos destrozados, y los vasos, llenos antes de vino, ahora lo estaban de sangre, y siguióse, finalmente, el espectáculo de los miembros desmenuzados.

Y a pesar de todo, después de tan terrible tragedia le espera otra más terrible, cuando todavía no ha respirado un momento. Los hervideros de gusanos, los manantiales de podre, el asiento sobre el estiércol, la teja para raerse los costados, el hedor de las úlceras que le acarreaaba aquella hambre tan peregrina, y por otra parte, no le permitía tocar los alimentos que tenía ante sus ojos, y le causaba aquel desabrimiento más insoportable que el hambre; y esto no dos, ni diez, ni veinte, ni cien días, sino meses y más meses. Ni pararon aquí las luchas, sino que estando él así como asado vivo por todas partes, por dentro y por fuera, vienen sobre él las máquinas y astucias de su mujer. En efecto, conviértese su consorte en arma del demonio, y lanza dardos a su esposo con aquella lengua vendida a Satanás, y le arroja saetas de palabras en extremo acerbas y perniciosas. Ni tuvieron aquel término los combates, antes no eran éstos, a su vez, sino ensayo y comienzo de la batalla. Porque una vez que el demonio quedó frustrado en sus tentativas, preséntasele el coro de sus amigos, ocultando bajo el rostro de compasión afectos de enemistad; y viéndole caído, le insultan, y le restriegan las heridas, sucediéndose los unos a los otros, no dejándole ni respirar siquiera, dando alrededor mil vueltas, y danzando una danza insoportable.

¿Queréis que también os diga la inaguantable prueba que soportó durante la noche, por ser como es tan extraordinaria e increíble? Porque a todos los demás hombres, aunque padezcan innumerables desgracias, aunque habiten en cárceles, aunque estén atados a una cadena, aunque lamenten sus infortunios, aunque tengan el cuerpo lleno de lepra, aunque se vean oprimidos por la pobreza, por la enfermedad, por los trabajos, por las calamidades; con todo, la venida de la noche les trae la medicina del consuelo, librando al cuerpo del trabajo, aliviando al alma de cuidados penosos; pero a Job, el puerto se le convirtió en escollo, y el remedio en herida, y el consuelo le era un socorro peor que la misma tristeza, y en la noche, que a todos los hombres suele ocasionar serenidad, se le acrecentaba una tempestad más temerosa; y escapaba, sí, de las oleadas del día, pasando por insufribles tristezas, mas se encontraba con triplicado oleaje, y torbellinos, y bajos, y escollos, de suerte que de nuevo ansiaba las revuel-

tas olas del día. Por esto, él mismo, explicando este padecimiento inaudito, clamaba diciendo: *Después de acostado, digo: ¿cuándo vendrá el día?; después de levantarme, digo: ¿cuánto llegará la tarde?* (Job, 7, 4) ¿Y por qué así? dime. Durante el día con razón suspiras por la noche (con el nombre de tarde daba a entender la noche), puesto que es el término de todos los males del día: pero en la noche, que trae consigo el reposo y olvido de todas aquellas congojas y cuidados, ¿por qué ansías de nuevo el día? “Porque para mi es más terrible que el día la noche; puesto que no sólo no me proporciona el descanso y término de los trabajos, antes los aumenta, y con ellos las perturbaciones y las inquietudes”. Y expresando esto mismo decía: *Amedréntasme con sueños; y con visiones me aterrorizas* (Ibid. 14). Porque era aterrado, viendo durante la noche espantosas visiones, y sufriendo miedo intolerable y gravísimo espanto y horror.

V

¿No os habéis cansado de oír tales y tan continuadas desgracias? Pues él no se cansaba de sufrirlas. Por eso os exhorto, amados hijos, que resistáis un poco más; porque aún no lo he dicho todo, ni he ponderado el tercer exceso de sus desgracias.

El primero era, que solo él sufrió en su cuerpo todos los males humanos; el segundo, que los sufrió todos de una vez, y ni por acaso tuvo interrupción; quiero, pues, ahora, hablaron de otro tercero. ¿Y cuál es? Que cada uno de los males anteriores no sólo le sobrevino de golpe, sino con mucho exceso y vehemencia. Porque su pobreza fue más terrible que toda otra pobreza, y lo mismo se diga de su enfermedad, y su asiento en el estiércol, y la pérdida de sus hijos, y la de todos sus haberes. Veámoslo: ¿ha perdido uno sus haberes?; pero no tan por completo, ni de aquella manera. ¿Ha perdido sus hijos? mas no todos a una, ni tantos, ni tan buenos. ¿Ha caído en una enfermedad? mas no de tal género, sino o en unas calenturas, o en una lepra, o en otro padecimiento ordinario. Mas aquella su lepra era peregrina, y sólo conocida de quien la padeció. Porque no hay palabras que puedan expresar lo acerbo de aquellas úlceras, y lo congojoso de las heridas; me basta tan sólo deciros quién era el que se las proporcionó y su rabia sin medida, para mostraros por el mismo hecho la grandeza de su enfermedad.

Extraordinario era y bien extraño aun su mismo lecho. Porque no ha habido, no ha habido jamás pobre tan expuesto a la intemperie

por todo el tiempo, como él permaneció desnudo de sus vestiduras, sin una miserable choza, lleno de úlceras, sentado sobre el estiércol.

¿Que tuvo alguien una mujer malvada? mas nunca jamás tan malvada, que en desgracia semejante acometiera a su marido, y aguzara contra su alma la espada, y le diera tan perniciosos consejos.

Extraño es también el comportamiento de sus amigos y no menos el de sus criados; y todavía es más extraña su hambre, cuando teniendo la mesa delante, no podía gustar de ella.

VI

¿Queréis que os diga también el cuarto colmo de sus desgracias? Sí, hablo de su antigua riqueza y felicidad. En efecto; quien desde un principio vivió en pobreza, más fácilmente la soporta, como acostumbrado ya a sufrirla; pero a quien ha caído de tal felicidad, por la falta de ejercicio y costumbre, es preciso se le haga más ruda la experiencia, más acerbo el dolor, más grave la turbación.

VII

Puédese añadir todavía el quinto colmo. ¿Y cuál es éste? Que cualquiera de los demás hombres, como tienen conciencia de sus muchas maldades, ve la causa de lo que padece; y no es esto poca parte para el consuelo; mas Job, ni siquiera podía pensar que pagaba la pena de sus culpas y pecados, y esto era lo que más turbación causaba a su alma.

Porque cuando dirigía una mirada a su vida y su conciencia, más resplandeciente que el sol, y a la multitud de sus buenas obras, veíase digno de coronas y palmas e innumerables galardones; mas cuando miraba a su cuerpo, y a sus úlceras, y a todo lo que le acababa de suceder, al verse víctima de más atroces penas que los que se han lanzado al extremo de la maldad, ni siquiera podía hallar la causa a que poder atribuir tales padecimientos. Por eso, acogéndose a lo incomprensible de la divina Providencia, decía: *Como al Señor le ha parecido, así ha sucedido* (Job, I, 21). Y tapando como podía la boca a su mujer, le hizo un razonamiento que muestra poderosamente su piedad, diciendo así: *Si los bienes los recibimos del Señor, los males ¿no los aguantaremos* (Job, 2, 10)?

VIII

¿Añadiré otro colmo, que es la principal corona y victorioso pregon de aquel atleta, y claro indicio de la alteza de su alma que tocaba el mismo cielo? ¿Cuál es este colmo? El que se deduce de la diferencia de los tiempos; porque nacido antes de la gracia y de la ley, tuvo tan divina sabiduría. Y no es pequeño este honor, sino digno de que por él se le entretejan a millares guirnaldas y coronas. Puesto que aun en unas mismas obras no merecen dos hombres un mismo premio, si el uno las llevó a cabo en los tiempos anteriores, y otro en los posteriores, antes mucho mayor el primero. Porque no era lo mismo ser virtuoso después de la venida de los ejemplos, de las exhortaciones, de los consejos de Cristo, que hacer tales proezas antes de su venida, y de la ley, y de los profetas. Por esto Jesús, después de su venida, exigía mayor caudal de virtud, diciendo: *Si no abundare vuestra justicia más que la de los Escribas y Fariseos, no entraréis en el reino de los cielos* (S. Mt. 5, 20). Porque cuanto era mayor la enseñanza, tanto se estableció una medida más cumplida de justicia y de virtud. Mas Job, sin haber gozado de tan celestial doctrina, sin haberse dedicado a las letras, sin tener los Libros Sagrados, sin haber visto a otros virtuosos, sin poder recurrir a los tiempos anteriores, ni traer a la memoria personas virtuosas (puesto que aún no había escritura ni historia que le proporcionara lo antes sucedido), hallándose en un camino no trillado, en un mar no navegado, en medio de tantas nieblas de maldad, fue el único y el primero que rompió ya entonces este camino de celestial sabiduría, y puesto a la cabeza de los buenos, todavía se remontó con exceso a la cumbre de la virtud. Muy grande cosa es el cumplir aun las menores partes de la virtud; pero mucho mayor, el ser en la misma cumbre de ellas el más encumbrado. Y que la virtud de la paciencia sea la más encumbrada de todas, nadie me lo negará. Bien lo reconocía el mismo demonio, cuando decía: *Piel por piel y cuanto tiene dará el hombre por su alma (vida); y si no, extiende tu mano, y toca a su carne* (Job, 2, 4). De donde es manifiesto que esta virtud es la más alta de todas, y que requiere alma de bríos juveniles y fortaleza de hierro.

IX

Le has visto ya en las tentaciones, cuanto te ha sido posible verle; que a describir por completo todo su esfuerzo y diligencia, no ha

podido alcanzar mi discurso. Porque las angustias, las aflicciones, la tiranía de la tristeza y desmayo, y la turbación nacida de tan graves tempestades, no hay poder de palabras que puedan exponerlas a los oyentes, tal como son en la realidad. Ahora bien; voy a ponerte de nuevo a Job ante la vista (y no es lo que voy a decir cosa de ninguna importancia, sino tal que exige un alma en alto grado virtuosa y sabia), como ejemplar de celestial sabiduría en las riquezas y buena fortuna. En efecto; ¿quién era Job en medio de sus riquezas? Común puerto de todos, común padre, común médico, y aún más que médico. Oye, efectivamente, cómo dice: *Yo era ojo de los ciegos, pie de los cojos* (Job, 29, 15). ¿Ves cómo era más que médico? Hacía con los contrahechos las veces de la naturaleza; y lo que con el arte no pudieron enderezar los médicos, se lo restablecía él con el consuelo, supliendo con ellos la falta de los miembros, por el exquisito cuidado de sus prójimos. Porque, gracias, a su mucha solicitud, los que carecían de algún miembro, no sentían diferencia de los que tenían salud y entero uso de sus pies y de sus ojos, sin experimentar la falta de ellos, ni de otra parte cualquiera de su cuerpo. Y por esto no se contentó con decir: *Yo consolaba a los cojos y ciegos*, sino que dijo: *Yo era su pie y su ojo. Yo era el padre de los desamparados* (Job, 29, 16). Ni aquí tampoco dijo: *Consolaba a los huérfanos, sino, era su padre*; enseñándonos con esto, que ni siquiera les dejaba experimentar la orfandad, ni permitía que se echara de ver el mal, como quien al punto hacía desaparecer por su extremada solicitud la falta de los que tal daño padecían, y ni aun les dejaba sentir su desgracia. Ni se contentaba con curar a los cojos, y aliviar a los huérfanos, haciendo con los unos el oficio de miembros, y con los otros el de padre, sino que espontáneamente se hacía juez para favorecerlos; y todavía más que juez: *Porque la justicia, dice, que no sabía, la averigüe, y quebranté las muelas de los injustos, y de entre sus dientes les arranqué la presa* (Job, 29, 17). Esto es ser mucho más que juez. Porque los jueces esperan sentados a los que han sido víctimas de alguna injusticia, y después que éstos se les presentan, entonces prestan su ayuda; y esto los mejores de ellos; como que los más ni esto hacen; mas Job aun a los mejores superó, y aun tiró la barra mucho más lejos. Porque ni esperaba que los ofendidos e injuriados fueran a él, ni les acudía con el remedio tan sólo después que se le presentasen, sino que él se anticipaba y daba vueltas buscando a los injuriados; ni los buscaba de cualquier modo, sino con mucha vigilancia, con mucho cuidado. Y

esto lo verás muy bien si te fijas en la fuerza de la frase; porque no dijo *busqué*, sino, *la justicia que no veía la averigué*; esto es, la indagué, la escudriñé con diligencia y mucho trabajo, no dejé piedra por mover, a fin de hacer no se me ocultara en ninguna parte algún injuriado. ¿Has visto la vigilancia de su alma? Mira también su tesón varonil. *Y quebranté las muelas de los injustos*. La misma facultad, el poder mismo de morder, dice, se lo quité, de modo que en adelante quedaran incapacitados para otra injusticia. A entrambos, por consiguiente, aprovecha; a los unos librándolos de sufrir injusticias, a los otros de cometerlas, haciéndolos más avisados. Además, ¡qué vigor y fortaleza! *Y de en medio de los dientes, les arranqué la presa*. Porque no perdí el ánimo ni la esperanza, por más que ya la presa estaba hecha, sino que aun cuando ya se la hubiesen tragado, se la sacaba, mostrando en esto para con mis consiervos el cuidado de un excelente y vigilante pastor.

X

¿Y su humildad? ¡Cuán digna es de que la consideres! *Sí desprecie el juicio de un siervo o sierva, juzgándome ellos*. Porque, *¿qué haré si hace el Señor indagación sobre mí? ¿Acaso, como yo nací del vientre, no nacieron también ellos* (Job, 31, 13-15)? ¿No ves un alma contrita y que atentamente considera la naturaleza de los hombres, y sabía bien lo poco que significa eso de esclavo y libre que anda en boca de tantos? Así, que desechando esas diferencias, por la igualdad del nacimiento hace un raciocinio de celestial sabiduría. Y lo más admirable es, que al hacer esto no pensaba que se humillaba, sino que llenaba su deber. Por eso añadió una razón, con que a todos los hombres persuade a que no se ensalcen creyéndose mayores que los siervos, aunque por cien títulos sean señores. Porque estos nombres de esclavo y libre son unos nombres vacíos de significación; antes la esclavitud es el pecado, la libertad, la justicia.

XI

¿Y sería Job humilde, mas no deseable ni querido? ¡Cuán amable era! Mira también aquí otro extremo suyo. Porque así como en las desgracias arrastraba con toda fortaleza y prontitud las que le sobrevenían, así en la fortuna favorable cultivó cada virtud con extremada

diligencia; no simplemente y como quiera, sino hasta llegar a la misma cumbre de ella. *Y si muchas veces decían mis esclavos: ¿quién nos diera saciarnos de sus carnes? Por ser yo en extremo bueno* (Job, 31, 31). Aquí nos muestra el loco amor que los siervos le tenían, hechos ardientes amadores suyos, por las muchas demostraciones de amor que él les había dado. “Porque me estaban, dice, tan pendientes de mí, tan adheridos, tan clavados, tan llenos de amor, que hasta de mis carnes mismas deseaban saciarse, y comerme y beberme, por la intensidad y ardor con que me amaban ”

XII

¿Y qué decir de su desprecio de las riquezas? Porque también esta virtud la tuvo en sumo grado. En efecto, no sólo no deseaba lo ajeno, pasión de la mayor parte hoy día, pero ni aún siquiera lo propio; antes aún de esto se desprendía con toda generosidad. Por eso también decía: *Si me gocé de tener muchas riquezas, si ambicioné piedras preciosas* (Ibid. 25 et 24). Esta es la razón por qué, cuando le fueron quitadas, llevaba la pérdida con toda resignación, y cuando las tenía, hacía abundantes limosnas, alargando a todos su diestra, y abriéndoles de par en par las puertas de su casa. Porque no hacía él lo que hacen los más, que miran y remiran con mil rodeos quién es el que recibe, sino que *para todo el que se presentaba, dice, estaba franca mi puerta. Porque los necesitados, en cualquiera necesidad que tuviesen, no salían frustrados, y ningún peregrino salía de mi puerta con el seno vacío* (Ibid. 31, 32 et 34). ¿Has visto su generosidad? ¿Has visto su caridad, su bondad, su humildad?

XIII

¿Quieres también aprender su recato? *Un pacto, dice, tengo hecho con mis ojos, de no pensar en doncella ajena* (Ibid. 1). Lo que después de esto ordenó Cristo en su venida, ya él lo cumplía de hecho.

¿No le has visto, ora rico, ora pobre, ora sano, ora enfermo? ¿No le has visto, ora cuando iban sus negocios con próspera corriente, ora cuando de todo absolutamente se vio despojado? ¿No has visto cuál fue su comportamiento con los hijos, con los criados, con los ultrajados, con los huérfanos?

Y si iba también con los juglares, dice (Ibid. 5); esto es, no iba a las reuniones de los juglares. He aquí otra señal no pequeña de su

prudente recato. Porque pasó el límite de toda virtud, y teniendo tanto, era más sobrio y cuidadoso que los que nada tienen; porque no hubo pobre tan pobre que así estuviera desasido de las riquezas, como lo estuvo él siendo tan rico.

XIV

Ea, pues, amado hijo, ¡a emular estos ejemplos, a imitarlos con fervor! Recibe la imagen que ahora hemos trazado, y grábala bien en tu alma; cuando te veas triste, acude a Job; cuando te veas rico, sírvate su ejemplo de medicina, de modo que ni por la pobreza te hundas, ni te engrías por la riqueza; si hubieres perdido los hijos, de aquí sacarás consuelo, porque aquí hallarás el colmo de las desgracias y el colmo de la paciencia; si cayeres enfermo, piensa en las fuentes de gusanos que hervían en aquella carne, y todo lo llevarás pacíficamente; si un amigo te ha armado traición, acuérdate otra vez de aquel santo, y te sobrepondrás a tu sufrimiento; si abusare de ti, quienquiera que sea, piensa lo que Job padeció de parte de sus esclavos, y hallarás muy buen remedio; si te ves asediado de alguna mala sospecha, piensa qué cosas decían de él, “que aún no pagaba la pena merecida”, y qué oprobios le decían, y te sobrepondrás también a esta pasión. Porque no hay, como al principio he dicho, desgracia en los hombres, que no sufriera este varón más duro que el diamante; pues arrojó el hambre, y la pobreza, y la enfermedad, y la pérdida de los hijos, y la privación de tantas riquezas, todo de golpe; y fuera de esto, sufriendo las asechanzas de su mujer, los insultos de sus amigos, los ataques de sus esclavos, en todo se mostró más fuerte que las rocas, y esto, antes de la ley y de la gracia.

Porque no tendremos género de defensa, si nosotros, que hemos recibido tal beneficio, como es el nacer después de la ley de gracia, somos menos pacientes que Job, que a los principios y comienzos de la vida humana dio tan gallardas pruebas de celestial filosofía. Por consiguiente, a fin de que tengamos consuelo en las tristezas y enseñanza de excelente doctrina, al retirarnos de aquí, llevemos este ejemplo esculpido en nuestras almas, y emulemos a este atleta, e imitemos sus combates, de modo que tengamos también parte en los bienes futuros, por la gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo.